



ALICIA MOREL

Polita va a la escuela

Ilustraciones de ELENA POIRIER

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Colección
EL JARDÍN DE
LOS SUEÑOS



ALICIA MOREL

Polita va a la escuela

Ilustraciones de
ELENA POIRIER



ELENA POIRIER

 EDITORIAL UNIVERSITARIA

Índice

Polita va a la escuela	5
Uno, dos y tres	11
Polita aprende la O	21
La tejedora	27
Las tareas	33
Polita se va al bosque	39
Polita quiere ser Reina	47

La Horma
educaci

La peque
cantar; y tam
nas tardes",
antenas.

Pero com
Cantora dec
Melodía.

La tía co
cintas rojas c
dulce voz:

—Si e
si apre
muy s
y pron
primer

Polita se
le contaba:

—¡Prime

Al llegar
cabeza y le p

—¿Dónd

—En la e

—¿Magia

—Es algo

Polita va a la escuela

La Hormiguita Cantora estaba muy preocupada por darle educación a su sobrina Polita.

La pequeña sabía comer sin dar vuelta el plato, sabía jugar y cantar; y también sabía saludar diciendo "buenos días" o "buenas tardes", como lo hacen todas las hormigas al toparse con las antenas.

Pero como una educación debe ser completa, la Hormiguita Cantora decidió mandar a su sobrina a la escuela del Duende Melodía.

La tía cosió un delantal azul para su sobrina y cortó unas cintas rojas que le amarró a las antenas. Y luego le aconsejó con dulce voz:

—*Si estudias,
si aprendes,
muy sabía serás,
y pronto en la clase
primera estarás.*

Polita se fue muy contenta a la escuela y a todo el que la veía, le contaba:

—¡Primera seré!

Al llegar cerca de la laguna del bosque, un Sapo asomó la cabeza y le preguntó:

—¿Dónde serás primera, Polita?

—En la escuela, porque aprenderé magia.

—¿Magia? ¿Y qué es eso?

—Es algo que está escrito en los viejos libros de los duendes.

—¿Y para qué sirve la magia? — insistió el Sapo lleno de curiosidad.

—Sirve para poner las cosas al revés y ver los pies de las flores y lo que hay debajo de las piedras y todos los tesoros ocultos— explicó la muy inventora.

—¡Qué interesante! Yo también quiero aprender magia— gritó el Sapo dando un salto de felicidad.

—Y también sirve para poner al revés a los tontos— agregó Polita echando a caminar con el Sapo de atrás.

—Cuéntame más— pidió el nuevo alumno.

—No sé más, por eso voy a la escuela— contestó Polita.

Más allá se encontraron con la Abeja, que escarbaba furiosamente una flor para sacarle polen.

—¿Dónde van tan apurados?— exclamó con un zumbido al ver a Polita y al Sapo.

—Vamos a la escuela a aprender magia— explicó la pequeña hormiga, deteniéndose a la vista de las patitas de la Abeja, que estaban cargadas de dulce polen.

—¿Y para qué sirve la magia?— preguntó la trabajadora cada vez más interesada.

—Sirve para transformar la tierra en miel— contestó Polita, triunfante.

—Y para poner todo al revés— agregó el Sapo, pero Polita lo hizo callar con un empujón.

—¿Cómo se puede convertir la tierra en miel?— averiguó la Abeja cada vez más interesada.

Eso es lo que vamos a aprender— rió Polita. —Tú nos puedes regalar ahora mismo el polen y el néctar que has juntado, porque cuando aprendas magia, con sólo soplar, la tierra se cambiará en miel.

—¿De veras?— preguntó la crédula Abeja.

—De veras— contestaron al mismo tiempo Polita y el Sapo.

La Abeja ya no dudó y, agradecida, regaló a la pícara hormiga la miel que había juntado durante la mañana. Polita se apresuró a comérsela, ensuciándose el delantal. El Sapo abrió la boca de oreja a oreja por si le convidaba algo; pero Polita engulló aún más ligero, pensando con cierta razón que si le daba miel al Sapo, a ella le iba a quedar muy poco.

Los tres continuaron viaje. Polita corría, el Sapo saltaba y la Abeja volaba.

Apenas el Duende Melodía divisó a sus aplicados alumnos, corrió a tocar la campana que anunciaba el comienzo de las clases primaverales. Sin embargo, Polita, cuando se vio cerca de la escuela, empezó a quedarse atrás. El gusanillo de la mala conciencia empezó a morderle la cabecita por dentro.

Haciéndose la lesa, se escondió detrás de unas flores, mientras restregaba sus patas contra el pegajoso delantal.

La Abeja se adelantó con las alas palpitantes de curiosidad, mientras el Sapo, de puro nervioso, daba saltos sin ton ni son.

—¿Por qué están tan movedizos?— les preguntó el Duende.

—¡Cómo no voy a estar nerviosa, si usted va a enseñarme a convertir la tierra en miel!— zumbó la Abeja.

—Y a poner todas las cosas al revés para descubrir los tesoros ocultos— gritó el Sapo, atorándose de felicidad.

—¿De qué están hablando? ¿Están chiflados?— exclamó el Duende.

—Hablamos de la magia— contestaron los dos a coro.

—¿Ustedes creen que yo les voy a enseñar magia, esa ciencia nefasta que arruinó a los duendes y a las hadas? ¿Quién les dijo tal cosa?— preguntó el profesor, alarmado.

—Polita, ella nos lo dijo— contestaron los alumnos, algo asustados.

—¿Dónde está esa hormiga diabla? Este embrollo lo armó ella.

Pero Polita había desaparecido. Para qué decir la cara de sorpresa y disgusto que pusieron la Abeja y el Sapo.

—Yo abandoné mis verdes musgos y mi laguna por aprender magia— lloriqueó el sapo.

—Y yo perdí la miel de toda una mañana de trabajo— zumbó la Abeja, plañideramente.

—¿Cómo es eso de la miel?— indagó el Duende arrugando el entrecejo.

—Como Polita dijo que podría convertir la tierra en miel, le regalé mi cosecha matinal...

—Polita será castigada severamente por su escandalosa conducta; pero tú, Abeja, ya lo has sido por caer en la tentación de la pereza.

—A mí también me castigó Polita porque me quedé sin tesoros— se quejó el Sapo.

Muy desilusionados, Abeja y Sapito regresaron, una a su flor, el otro a su laguna.

Cuando la tía Hormiguita Cantora vino a buscar a su sobrina, el Duende Melodía le explicó todas las maldades que había hecho la pequeña y también que no había aparecido por la escuela.

Se pusieron a buscarla por los alrededores y la encontraron durmiendo en el hueco de una hoja, mecida por el aire. Al ver su negra carita de ángel, la tía cantó:

—Mecida por dulce brisa

Polita quedó dormida,





*columpio de verde hoja,
cuna en que todo se olvida.*

*Quien hizo tantas maldades,
ahora sueña tranquila,
mecida por dulce brisa,
todas las culpas olvida.*

El Duende y la Hormiguita dudaron en castigarla; pero al tocar el delantal pegajoso de miel, decidieron que había que poner las cosas al derecho. Así, cuando Polita abrió los ojos, la tía, tirándola de una antena, se la llevó al hormiguero, diciéndole:

*—A la tía Abeja
pedirás perdón,
también al Sapito
verde corazón.
Has sido burlona,
muy cruel y engañosa
y no probarás
el dulce de rosas.*

Lo que más le dolió a la pequeña hormiga, no fue el dulce de rosas, sino pedir perdón a la Abeja y al Sapo. Volvió al hormiguero detrás de su tía con la cabeza tan gacha, que ni siquiera vio las flores que le hacían señas a la orilla del camino.

¡C uán
hor
vestía a su
—H
irás
cuán
cuán
—Y ¿se
—Sa
pequ
si po
y tu
—Claro
pongo mis
Luego
leche, la pe
A su pa
señas con s
aprender lo
bundo, no
—El Du
—¿Qué
—Los M
—¡Uy!—
supersticio
grosos, no

Uno, dos y tres

¡C uántas preocupaciones cuesta educar a una pequeña hormiga!— pensaba la Hormiguita Cantora mientras vestía a su sobrina para que no llegara tarde a la escuela.

—Hoy día, Polita,

irás a aprender

cuánto es dos más uno,

cuánto es tres más tres.

—Y ¿seré sabia, tía?— preguntó la muy consentida.

—Sabrás muchas cosas,

pequeña Polita,

si pones tus ganas

y tu cabecita.

—Claro que las pongo— gritó entusiasmada. —Y también pongo mis seis patas, mis dos antenas y mi guatita.

Luego de comer un plato de harina tostada con azúcar y leche, la pequeña hormiga se dirigió alegremente a la escuela.

A su paso, las flores la saludaban y las mariposas le hacían señas con sus alas. Ella se sentía muy importante porque iba a aprender los números. Al encontrar a su amigo, el Grillo Vagabundo, no pudo menos que contarle:

—El Duende me va a enseñar una cosa muy sabia.

—¿Qué cosa, Polita?

—Los Números.

—¡Uy!— se espantó el Grillo, que además de flojo, era supersticioso— los números enloquecen a los bichos. Son peligrosos, no caben dentro de nuestras pequeñas cabezas.

—Eso lo dices por ignorancia, Grillo. Además, tú sabes contar.

—¿Crees tú? —preguntó el Grillo dando un saltito nervioso.

—¿Qué otra cosa haces cuando te pones a cantar en la noche mirando al cielo, sino contar las estrellas con tu cri cri que no termina?

—Tienes razón, yo sé contar y no me había dado cuenta.

En ese momento, sonó la campana de la escuela del Duende Melodía; Polita, luego de despedirse del asombrado Grillo, corrió para no llegar tarde a la clase de números.

El Duende estaba contando los segundos en su reloj de arena.

—No —decía— no debe llegar atrasada, porque los números son una ciencia exacta y no admiten equivocaciones.

—¡Aquí estoy!— gritó en ese momento Polita entrando por la puerta del hongo.

—¡Oh, jo jo! Buenos días, pequeña.

—Buenos días, Duende— contestó ella, sentándose en un piso de paja.

—Has llegado justo a tiempo. Si te atrasas un segundo, no hubiéramos podido aprender el número Uno y sin el Uno no se puede hacer nada.

—¿Cómo es el Uno, Duende?

—Lo voy a llamar para que lo conozcas. Él ordenará este montón de semillas que tengo aquí— explicó el Duende, señalando un cerrito de negras semillas que había puesto sobre la mesa.

Poniendo las manos en forma de bocina, llamó:

—*El Uno, el Uno, el Uno,
que venga para acá,*



COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU



ELEVA
POIRIER

*parece un palillo,
tan delgadito está.*

—Ji ji, tan delgadito está— repitió Polita.

El Uno entró saltando en su única pata, con tan mala suerte que tropezó con la mesa echando abajo las semillas y produciendo un gran desparramo. Al ver esto, el Duende se enojó:

—Mira qué desorden has hecho. Es un mal ejemplo para mi pupila.

—No importa, Duende, ya me aprendí el Uno —dijo Polita.
—Puedes decirle que se vaya.

El Uno no se hizo repetir la orden, pues era muy inquieto y salió dando un portazo.

—Uf, está visto que es su día malo— gruñó el Duende disgustado.

—¿A cuál vas a llamar ahora?— preguntó Polita con curiosidad, pues aunque lo disimulaba, gozó mucho con el desorden del número Uno.

—Toca llamar al Dos.

El Duende llamó con voz fuerte:

*—El Dos es un patito
que todo lo ve doble,
dos cielos, dos montañas,
dos lunas y dos soles.*

El número Dos entró balanceándose como un pato o un bailarín, con gran alegría de Polita, que se puso a imitar sus movimientos. El Dos empezó a picotear las semillas, separándolas de dos en dos, pero como se tragara algunas, Polita dijo:

—Parece que tiene hambre.

—¡Vaya goloso! —exclamó el Duende— así no van a salir bien las cuentas.

Y despi
balanceos, n

Entonces

—El

de tan

Tres t

entero

—De ver

El núme

podía agach

multiplicar y

reducidas a

—Parece

El Tres m

Duende lo

llamar al Cu

—El

sólo en

de nac

y hace

Polita con

—Si éste

El Duend

—Apues

dijo el Duen

El Cuatro

hizo salir co

Entonces

—Sobr

se sien

Y despidió al número Dos que se alejó de dos rápidos balanceos, moviendo la cola.

Entonces el Duende llamó al Tres.

—*El Tres está muy gordo
de tanto que ha comido.*

*Tres unos se ha tragado
enteros el bandido.*

—De veras —rió Polita— tiene dos guatitas al revés.

El número Tres se acercó al montón de semillas y como no podía agacharse por el peso que llevaba a la espalda, empezó a multiplicar y a dividir en tal forma, que las semillas quedaron reducidas a la tercera parte. Al ver este fracaso, Polita sentenció:

—Parece que también el Tres tendrá que irse para su casa.

El Tres miró a Polita con disgusto y trató de pegarle, pero el Duende lo hizo salir derecho. No hubo más remedio que llamar al Cuatro.

—*El Cuatro hace equilibrios*

sólo en una patita,

de nada se marea

y hace figuritas.

Polita comentó:

—Si éste se marea, nos va a servir de poco, creo yo.

El Duende se dio cuenta de que el Cuatro venía borracho.

—Apuesto a que vienes de donde la Chicharra, esa loca— dijo el Duende. —Te emborrachó con su canto.

El Cuatro se afirmó en la pared para no caerse y el Duende lo hizo salir con delicadeza.

Entonces entró el Cinco:

—*Sobre su cola, el Cinco,*

se sienta como un gato

*que acecha a los ratones
por no ponerse flaco.*

—Cierto —gritó Polita— el Cinco parece que se hubiera comido cinco ratones.

—Oh, Oh —exclamó el Duende— viene muy soñoliento, está bien alimentado.

Entre profesor y alumna hicieron rodar al Cinco a un rincón y el Duende llamó al Seis:

*—El Seis está enroscado
igual que un caracol
que saca su cabeza
cuando lo mira el sol.*

Polita rió entusiasmada:

—El Seis cuenta seis semillas y yo tengo seis patas. Los dos juntos podemos contar hasta doce.

Pero el Seis se asustó con una suma tan grande y escondió su





ELENA POIRIER

cabeza siendo inútil que el Duende le suplicara y que Polita insistiera que doce era un número fácil.

—Es un Uno con un Dos —aseguraba la pequeña.
Viendo que todo era inútil, el Duende llamó al Siete:

*—El siete es más serio
que un carabinero,
se aprieta la cintura
y siempre usa sombrero.*

Pero el Siete, en vez de sacar cuentas, se llevó presos al Cinco y al Seis por dormir en la clase.

El Duende llamó al Ocho:

*—El Ocho es muy porfiado
y su cabeza es dura;
y siempre está sentado
como fruta madura.*

El Ocho entró girando y balanceándose como un mono porfiado, con lo que Polita, olvidando que estaba en clase de matemáticas, se puso a bailar.

—¡Eh! ¿Qué hacen?— gritó el Duende, enojado.

Polita cayó sentada del susto y el Ocho se alejó girando antes de que lo inmovilizaran.

—Uf— hizo el Duende —llamaré al Nueve, y será el último porque me cansé.

—Yo también —dijo Polita.

*—El Nueve cuando llueve
camina en una pata,
y por no resfriarse
se aprieta la corbata.*

El Nueve
apretara la n

—Si estor

Con lo qu
irse cada un
puesto muy

LIBRERIA SANTA TERESA
BIBLIOTECA
CALLE 14 N.º 100

El Nueve lanzó cinco estornudos antes de que el Duende le apretara la nariz y lo mandara a acostarse.

—Si estornuda nueve veces, nos pega la gripe— dijo Polita.

Con lo que la clase terminó. Duende y hormiga decidieron irse cada uno a sus camas, pues con tanto número se les había puesto muy pesada la cabeza.



Polita aprende la O

Junto con salir el sol, la Hormiguita Cantora mandó a su sobrina a la escuela, no sin antes haberle estirado las antenas con harina y agua.

—*Anda derechito,
no te perderás,
verás que muy luego
un genio serás.*

le cantó para animarla.

El Duende Melodía esperaba a su alumna con un gran libro que parecía guardar magias y conjuros.

Al abrirlo, Polita gritó:

—Mira, Duende, aquí hay puras cucarachas.

—Esas son las letras vocales y no tienen nada que ver con las cucarachas —explicó el Duende. —Te las voy a nombrar para que las aprendas. Esta es la A.

—Es una casa con ventana —descubrió ella.

—Y ésta es la E.

—Bah, yo creí que era un rastrillo —exclamó Polita.

—Déjate de bromas, atiende: ésta es la I.

—Huy, Duende, si parece un gusanito tieso.

—Y ésta redonda es la O.

—Esa es la que más me gusta porque es igual a una lunita vacía.

Viendo que era inútil poner cara de profesor, el Duende decidió seguir la corriente a Polita.

—Esta es la U —dijo— y se parece a un canasto.

—No, Duende, te equivocaste —corrigió ella— es un colum-

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLECCION

pio. También me gusta, pero el otro día me caí y ya no me gusta tanto.

El Duende suspiró y con paciencia continuó su clase.

—Ahora, te voy a enseñar las vocales que hay en tu nombre.

—¿En mi nombre hay vocales?— preguntó Polita sorprendida.

—La primera vocal que encontramos en PO-LI-TA es la O—dijo el Duende poniendo la boca redonda.

—¡Qué bueno que mi nombre tiene la O! Eso quiere decir que en mi nombre hay una lunita vacía que yo voy a rellenar... con un color naranja.

—Entonces la luna vacía se parecerá al sol— rió el Duende.

—De veras. El sol es una O rellena de color naranja— gritó Polita entusiasmada con su descubrimiento.

Pero el Duende no quería que su alumna confundiera el sol con una O rellena y le advirtió:

—El sol nos ilumina y calienta, y está en el cielo. El sol es redondo como una naranja y con sus rayos hace crecer las hierbas y las flores, y nos da vida y calorcito.

—Ah, sí, la vida —dijo Polita pensativa.

—Ahora, que es primavera, la vida despierta de su sueño—siguió explicando el Duende. —El sol derrite las nieves y se abren todos los ojos.

—Claro —dijo ella— el sol nos despertó a nosotras, las hormigas chicas y la Mayordoma abrió las puertas del hormiguero para que saliéramos a corretear.

—A ver, Polita, si has entendido... ¿Qué es el sol?

—El sol es una naranja redonda que está en el cielo y en mi nombre.

—Jo jo jo, rió el Duende. —No, Polita, el sol parece una

naranja, pero en realidad es un astro muy grande, más grande que la tierra.

—¿Más que toda la tierra?— dijo ella, imaginándose el hormiguero, que para Polita era como la tierra.

—Por supuesto. La tierra es hija del sol y también es redonda y da vueltas alrededor de su padre junto con varios hermanos que se llaman planetas.

—Debe parecer remolino, —dijo Polita, admirada.

—¿Has visto una gallina con pollos?— preguntó el Duende.

—Sí, las he visto de lejos, porque me comen.

—Bueno, el sol, con la tierra y los demás planetas, se parece a una gallina amarilla rodeada de sus pollos, a los que alumbra y alimenta.

Polita rió:

—Entonces, Duende, el sol es una gallina con pollos. ¿Y qué es la luna?

—La luna es como una hija de la tierra y por lo tanto, nieta del sol.

—Así que el sol es abuelo de la luna... Yo he visto que la luna se rompe. A veces le queda un pedacito y ése también se le cae.

—No, Polita, la luna no se rompe. Lo que pasa, es que la luna se esconde de a poco.

—Yo también me escondo de mi tía, pero de una sola vez— dijo la pequeña hormiga, haciendo una morisqueta.

—Muy bien, Polita, ya conoces la O. Y ahora te enseñaré la A— anunció el Duende con satisfacción.

—Parece que me cansé —contestó la alumna dando un bostezo.

Entonces el Duende, que era muy sabio, cerró el libro y Polita esperó que su tía viniera a buscarla.



Con lo qu
tora le invent

—La C
al sol y
Me gu
que es

Lunita
y sol d
se escon
y el sol

Mas yo
la O m
la teng
Polita,

Con lo que había aprendido su sobrina, la Hormiguita Cantora le inventó una canción mientras volvían lentamente a casa:

—*La O se parece
al sol y la luna.
Me gusta esta letra
que es como ninguna.*

*Lunita vacía,
y sol de naranja,
se esconde la luna
y el sol no la alcanza.*

*Mas yo siempre tengo
la O muy cerquita,
la tengo en mi nombre,
Polita, Polita.*

La tejedora

Vivía en el bosque una Araña famosa por sus telas delicadas, que solía tejer no sólo a dos, sino también a ocho patas.

Oyendo hablar de ella, la Hormiguita Cantora decidió que su sobrina aprendiera a tejer para completar su educación.

Para endulzarle la noticia, se la dio cantando:

—*Mañana tempranito
irás donde la Araña,
y ella va a enseñarte
tejidos y marañas.*

A Polita no le cayó bien el canto.

—No, tía, no me gusta ir donde la Araña porque tiene una cara horrible.

—*No es con su cara
que vas a aprender.
Mañana temprano
irás a tejer.*

Polita frunció la boca, porque no sólo le parecía mal ir donde la Araña, sino lo de “mañana temprano”.

Pero la tía no le hizo caso y se puso a preparar lanas y palillos que la pequeña hormiga iba a necesitar. El señor Gusano De Seda había tenido la gentileza de regalarle unos ovillos y sólo faltaba elegir entre los tallos de hierba seca los palillos adecuados. Y mientras los pulía, la Hormiguita cantaba:

—*Palillitos
de marfil,
cabecita
de aserrín.*

COLEGIO SANTA TERESA
BIBLIOTECA
M.P.

*Delgaditos
como alambre,
si se doblan
dan calambres.*

*Palillitos
tejedores
con mil lanas
de colores.*

—Sin lanita y sin colores, porque no voy a ir donde la Araña fea— insistió Polita.

Pero la tía se hizo la lesa.

Al día siguiente Polita amaneció quejumbrosa.

—Me duele aquí, aquí, y acá, dijo señalando sus males.

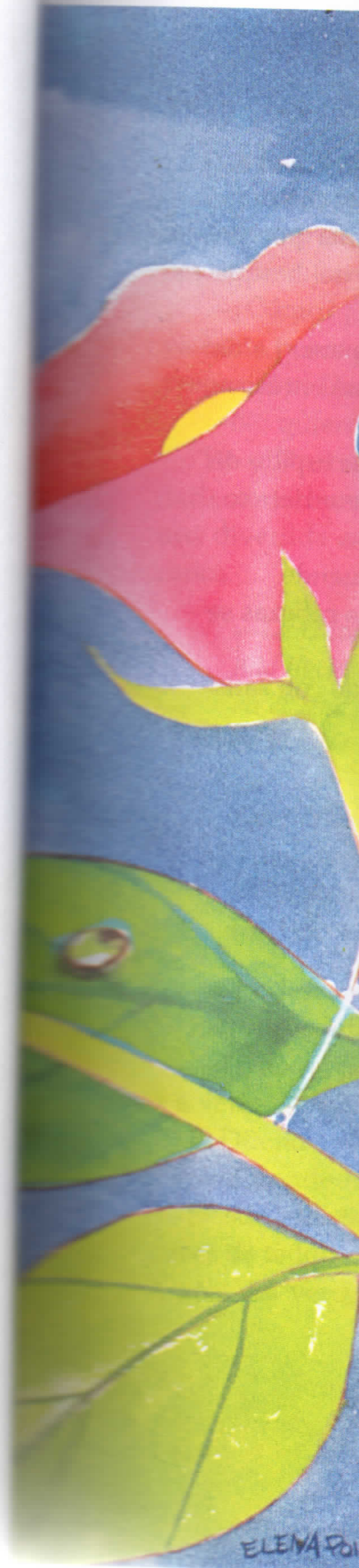
A lo que su tía observó:

*—Te duele la frente,
te duele la oreja,
te duelen los ojos,
te duelen las cejas.
Son muchos dolores,
Polita, Polita,
para que te quepan
en la cabecita.*

Sin hacer más comentarios, vistió a su sobrina y la puso en la puerta del hormiguero para que fuera donde la Araña. Entonces Polita abrió una inmensa boca y se puso a llorar.

—No quiero ir, no quiero ir— chillaba entre pataleos.

Afligida, la Hormiguita Cantora decidió llevar a la pequeña donde el Duende Melodía, a ver si él podía convencerla de ir donde la Araña.





ELENA FORIER

Cuando el Duende supo de qué se trataba, se sobó la barba y dijo "mm" porque se dio cuenta de la dificultad del caso.

—Lo mejor, Polita, es que olvidemos a la Araña por un rato— dijo por fin. —Yo te voy a llevar a un lugar del bosque donde hay algo maravilloso.

La alegría de Polita fue tan bulliciosa como su pena. La tía pensó que el Duende había inventado una magia para entusiasmarla.

Caminaron un buen rato hasta llegar a un lugar tupido de hierbas donde sólo se veían tallos y hojas. El Duende se detuvo.

—¿Esto es lo maravilloso?— preguntó Polita.

—Lo maravilloso está allá arriba— indicó el Duende.

Las asombradas hormigas vieron que sobre sus cabezas se extendía un delicado techo de encajes.

—Adivina quién lo hizo, Polita— dijo el Duende con satisfacción.

—Eso, lo debe haber hecho el viento, jugando.

—No, no adivinas— rió el Duende.

—Ah, entonces lo hizo el rocío.

—Tampoco lo hizo el rocío.

—Bah, entonces ¿quién lo hizo? ¿Un hada?

—Tampoco lo hizo un hada. ¿No adivinas?

—No— contestó Polita algo picada.

—Pues, lo tejió la Araña, con hilo que saca de su propio corazón— exclamó el Duende triunfante.

Y la Hormiguita Cantora añadió:

*—Hilos y más hilos
tendió con gran tiento,
como quien entrega
sus sueños al viento.*

Polita, admirada y pensativa, movió sus antenas y dijo:

—Yo no voy a poder darle sueños al viento, porque a mí se me enredan las patas. Y la Araña se enojaría conmigo al ver que hago puros hoyos en el tejido.

—¿Cómo? ¿Aún no has ido donde la Araña para aprender y ya estás pensando en que no podrás hacer lo que enseña?— preguntó el Duende tirándose los pelos de la barba.

—No quiero ir, no quiero ir— porfió la hormiga.

Tía y Duende estaban preparando sus manos y patas para darle unas buenas palmadas a la caprichosa, cuando oyeron una divertida canción que alguien cantaba muy cerca, con voz ronca.

*—La lanzadera
hila ligera
en el telar,
en el telar.*

*Salta la aguja
como una bruja
sin descansar,
sin descansar.*

—Sin descansar— repitió Polita, riendo.

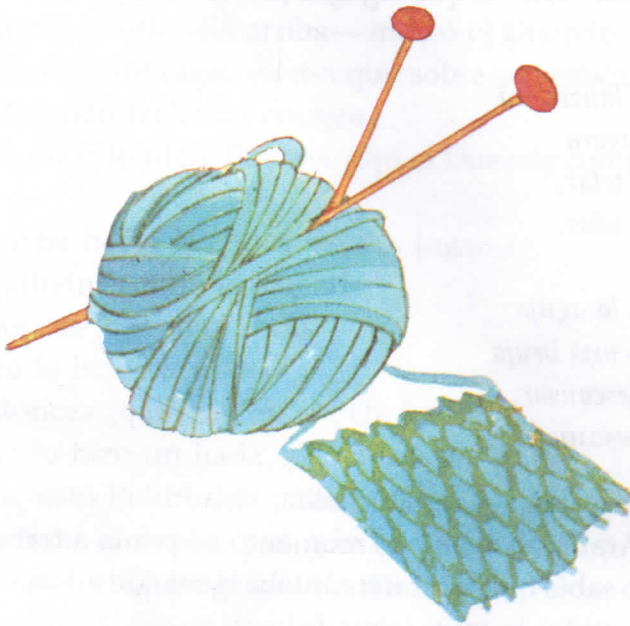
Era la Araña, que en ese momento se ponía a trabajar.

—Yo no sabía que la Araña cantaba igual que mi tía— quiero ir a verla— pidió la muy taimada.

El Duende y la Hormiguita Cantora, algo cansados, llevaron a Polita donde la Araña para que la oyera cantar.

Desde ese día, la pequeña hormiga no faltó ningún día a clases de tejido, hasta que se aprendió todas las canciones de la Araña. Es verdad que tejió una larga bufanda con muchos

hoyos; pero lo más importante fue que no sólo ella sino también todas las hormigas nuevas, hermanas de Polita, iban y venían por el hormiguero entonando las canciones de la Araña tejedora.



E I Due
con palito
—Supo
hay palito
—Mira
—Tienes c
—Si él
Polita.
—¡Silen
más fácil—
La Mar
otros alum
señaló:
—Muy
punto.
—¿Qué
—El de
continuó F
Todos s
—Ah, p
ña hormig
—¿Dón
—No s
contestó el
El Sapo
—Polita
—Mm,

Las tareas

El Duende Melodía inventó unas tareas para sus alumnos.
—Mañana —dijo— me van a traer una letra, armada con palitos.

—Supongo que no será la “O”— gritó Polita— porque no hay palitos redondos.

—Mira, pequeña, no me interrumpas— advirtió el Duende.
—Tienes que estar con tu boca cerrada, igual que el Sapo.

—Si él la abre, nos puede tragar sin darse cuenta— dijo Polita.

—¡Silencio! Mañana me van a traer la letra “i”, porque es la más fácil— dijo el Duende, muy contento.

La Mariposa, el Sapo, la Cucaracha y la Abeja, que eran los otros alumnos, gritaron que eso era demasiado fácil. Pero Polita señaló:

—Muy fácil será encontrar el palito, pero lo difícil es el punto.

—¿Qué punto?— preguntó el Sapo.

—El de la “i”. En el bosque no hay ningún palo con punto— continuó Polita.

Todos se quedaron tristes.

—Ah, pero yo sé donde hay palos con punto— rió la pequeña hormiga.

—¿Dónde, dónde?— preguntaron los demás.

—No se los puedo decir porque eso es copiar las tareas— contestó ella.

El Sapo acudió al Duende:

—Polita no quiere ayudarnos, dice que eso es copiar.

—Mm, Polita, no seas egoísta— reprendió el Duende.

—Ayuda a tus amigos.

—¡Tienes que ser buena amiga!— chilló la Mariposa.

Y todos gritaron lo mismo.

—Bueno, les ayudaré— concedió la hormiga; pero tendrán que descubrir dónde los tengo escondidos.

Y partió a todo lo que le daban las patas, desapareciendo entre las hierbas antes que ni la Abeja pudiera mirarla desde el aire.

El Duende dio la partida a los asombrados bichos:

—¡Corran, vuelen, muévanse!

Como si despertaran de repente, la Abeja y la Mariposa aletearon y la Cucaracha y el Sapo se largaron, una corriendo y el otro saltando.

Polita, al centro de una flor, reía, tapándose la boca para que no la oyeran:

—No saben ni sabrán ¡que los palitos con punto son los estambres de las flores!

En ese momento oyó el ZZZZZ de la Abeja.

—El tiempo vuela como yo, ZZZZZ, ¿dónde estará esa hormiga?

Dio vueltas en torno a la flor sin descubrir a Polita. A la hormiga le dio lástima que la Abeja tuviera tan poca ocurrencia, ella, que vivía metida entre los estambres. Así, cuando oyó que se acercaba de nuevo, la llamó:

—Abeja, estoy aquí, en la flor azul...

—Zzzay, de veras— dijo sorprendida.

—A ti no más te diré dónde están los palitos con punto, pero tú llevarás uno para ti y dos para mí sobre tus alas.

—Claro, me parece justo— replicó la Abeja muy comedida.

Entonces Polita reveló su secreto:

—Aquí,
que los esta
"i"?

—Nunca

—Y aho

los dejarás

—Zzzay

Polita p

estambres y

a esconderse

hormiga, p

—Aaay,

única sin ta

Polita si

—Oye,

—¡Polita

diato.

—No, M

—Pero..

discusiones

—¿Dóno

—Aquí,

Y Polita

—Ahor

—Te po

dijo Polita.

La Mari

Polita v

el Sapo y la

allá abajo,

llamó:

—Aquí, al centro de la flor, donde tú sacas el polen, ¿no ves que los estambres, con sus cabecitas amarillas, son iguales a la "i"?

—Nunca me había fijado.

—Y ahora, aserrucharé con mis dientes tres estambres y tú los dejarás escondidos cerca de la escuela.

—Zzzay, ¡qué diabla eres!

Polita puso entre las alas transparentes de su amiga los estambres y dio un empujón a la Abeja para que zarpara. Volvió a esconderse y no tardó en pasar la Mariposa; pero no vio a la hormiga, porque derramaba abundantes lágrimas.

—Aaay, nunca encontraré un palo con punto, yo seré la única sin tareas, aaay...

Polita sintió pena por su amiga y la llamó:

—Oye, Mariposa, estoy aquí, en la flor azul...

—¡Polita, te descubrí!— exclamó dejando de llorar de inmediato.

—No, Mariposa, yo te vi a ti.

—Pero...— La Mariposa iba a empezar una de sus largas discusiones, cuando se acordó de la tarea.

—¿Dónde están esos palitos raros?

—Aquí mismo.

Y Polita señaló los estambres. La Mariposa se echó a reír:

—Ahora nadie me dirá que soy floja y no llevo mis tareas.

—Te pondré tres sobre las alas, uno para ti y dos para mí— dijo Polita.

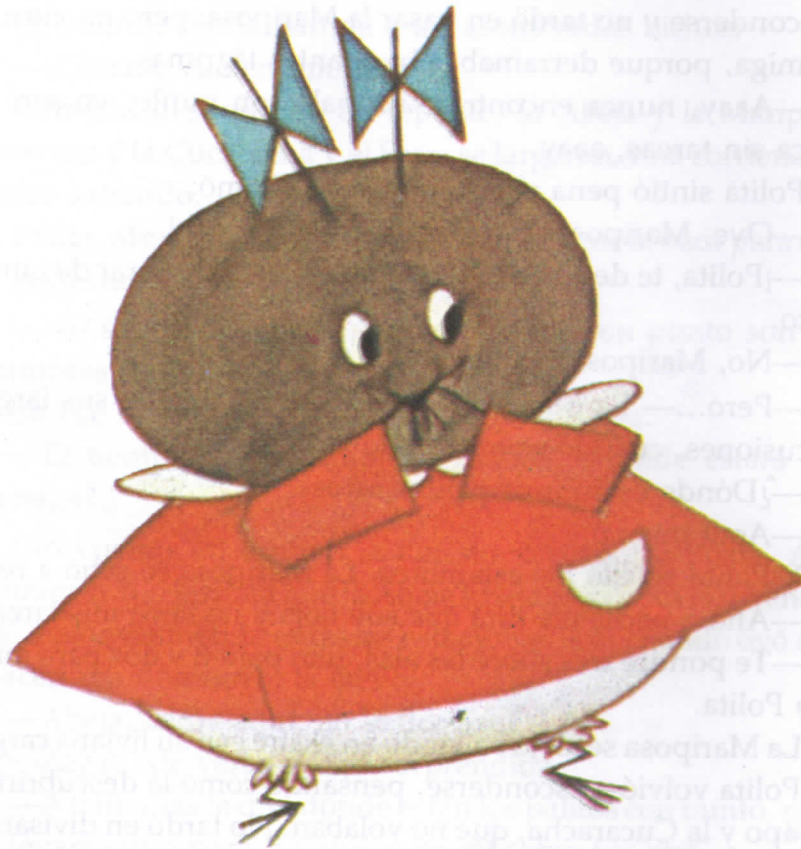
La Mariposa se alejó bailando en el aire con su liviana carga.

Polita volvió a esconderse, pensando cómo la descubrirían el Sapo y la Cucaracha, que no volaban. No tardó en divisarlos allá abajo, entre las malezas. Se veían tan perdidos, que los llamó:

—Oigan ¡estoy aquí arriba!

Miraron ansiosos, pero sólo por la voz la reconocieron.
Abrieron la boca en ancha sonrisa y le hicieron alegres señas.

—Sube, Cucaracha, y te daré cuatro palitos, uno para ti, otro
para el Sapo y dos para mí.



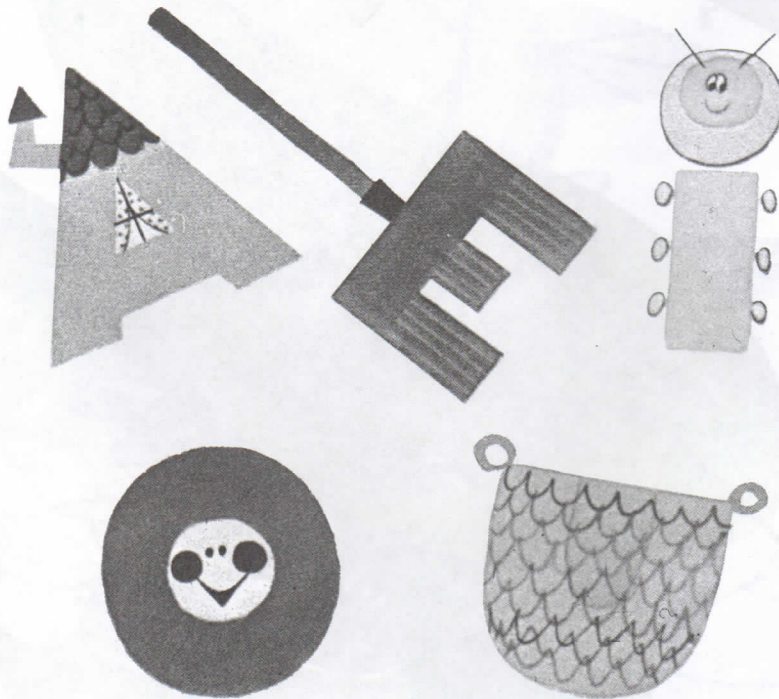


Y Polita no tuvo que esconderse más, porque todos sus amigos tenían ya las tareas.

Al día siguiente, cada pupilo llegó con letra "i". Polita había juntado un verdadero cargamento de estambres, que apenas podía arrastrar. Ella explicó al Duende:

—Primero me dio pena la Abeja, después la Mariposa y al último, el Sapo y la Cucaracha. Por eso les ayudé, sin que supiera mi amigo de la izquierda lo que hacía con mi amigo de la derecha.

La clase de la "i" se hizo en medio de zumbidos, aleteos y risas que, como ustedes saben, es lo que siempre se oye en las escuelas de bichos.



Un aire
por la
Todas la
na asomaba
hacer a fine

Unas ba
cocinaban y
nacidas. Y h
que la Mayo

Polita ya
—Quiero
tras daba es

Pensaba
flores, come

Pero ten
había sobrac
Y no dejaba

—No ag

—¿Para c
gorda barrig

—Para el

—Es muy
sin equivoc
secas.

Un aire primaveral soplaba a través del bosque y penetraba por las galerías del hormiguero donde vivía Polita.

Todas las hormigas tenían ganas de salir a jugar, pero ninguna asomaba ni las antenas para afuera, porque había mucho que hacer a fines de invierno.

Unas barrían las celdas, otras ordenaban la despensa, otras cocinaban y otras, por fin, cuidaban a las hormigas recién nacidas. Y había guardias que vigilaban día y noche las puertas que la Mayordoma ordenó abrir con los primeros soles.

Polita ya no aguantaba las cosquillas en sus patas.

—Quiero salir, quiero saltar, quiero correr— gruñía, mientras daba escobazos contra las paredes.

Pensaba lo maravilloso de ser una hormiga libre, trepar a las flores, comer azúcar, revolcarse entre las hierbas.

Pero tenía que contar las semillas de un gran montón que había sobrado en las despensas, junto a sus amigas Lali y Mayi. Y no dejaba de alegar:

—No aguanto más. Tengo ganas de irme.

—¿Para dónde?— preguntó Mayi balanceándose sobre su gorda barriguita.

—Para el bosque, igual que los vagabundos.

—Es muy peligroso y además hay mucho trabajo— dijo Lali sin equivocarse en las cuentas que anotaba en el libro de hojas secas.

—Estoy aburrida con el trabajo— protestó Polita.

—Shiii... que no te oiga la Mayordoma— murmuró Mayi haciendo girar sus ojos asustados.

—Si yo fuera Mariposa, no tendría que estar encerrada en este oscuro hormiguero. ¡Volaría de flor en flor! Pero la vida es injusta, a veces,— suspiró Polita.

—Tú no sabes lo que sufre una Mariposa— exclamó Lali.

—¡Cómo se te ocurre, las mariposas no pueden sufrir!— rió Polita.

—¡Claro que sí! Van de flor en flor, pero no tienen casa y si llueve, se les destiñen las alas. Nadie las cuida— aseguró Lali.

—¡Eso es lo que quiero, que nadie me cuide! Y que ninguna Mayordoma me mande y ninguna tía me obligue a ir a la escuela.

Lali se rascó una antena y carraspeó:

—Malo, malo. Para olvidar las ganas de saltar, hay que jugar a trabajar.

—Puf— hizo Polita con desprecio y no pudo añadir más porque se acercó la Mayordoma:

—Se están portando muy bien— dijo para animarlas.

Polita sintió que le salía humo de la cabeza.

Cuando terminaron de contar las semillas, anotaron el total en el gran libro de hojas secas y luego hicieron rodar las semillas por las galerías hasta las bodegas, lo que era divertido porque chocaban unas con otras. Pero Polita sólo pensaba en escapar. En un momento en que nadie la vio, se desprendió de la fila y corrió al bosque saliendo por la puerta más cercana. Sus amigas, al darse cuenta, la llamaron agitando patas y antenas, pero ella corrió más rápido y se perdió riendo entre las hierbas.

Lali y Mayi se asustaron tanto, que fueron a dar con sus





semillas a la cocina, atropellando a las atareadas cocineras. Recibieron un buen reto sin abrir la boca, esperando que Polita volviera antes que la Mayordoma se diera cuenta. Pero llegó la noche y la pequeña no regresó. Y la dieron por perdida y en los recreos no tenían ganas de jugar pensando en su compañera.

Pero nosotros podemos salir del hormiguero y meternos en el bosque de hierbas para ver qué hace Polita.

La muy porfiada iba cantando por un camino:

*—Mi casa será flor,
mi techo será hoja,
nadie podrá decir
¡ay, qué hormiga más floja!*

No tardó en divisar una delicada corola azul, casi a ras del suelo. Un suave olor salía de sus pétalos y Polita abrió la boca de hambre. Pero al meter su cabeza en el centro de miel, una voz irritada la hizo saltar hacia atrás y esconderse rápido.

—¡Zzuumm!—rugía un furioso Abejorro—que nadie venga a comerse lo que es mío, porque lo dejo sin patas.

Polita se estremeció, encogiéndose bajo el techo verde de una hoja; miró a su alrededor por dónde escapar en cuanto el Abejorro volviera a dormirse sobre su cama de polen.

—La próxima vez, seré yo la que gane una flor—pensó consolándose mientras se chupaba una pata.

Y decidió tomar posesión de la primera flor que divisara. Ya no tenía ganas de cantar sino de pelear. Apenas sintió el olor de otra corola, se puso a correr con las antenas en ristre, gritando:

—¡La flor coloradita es mía! ¡Que nadie se atreva a comérsela porque lo dejo sin patas!

Una risa negra y gorda de una negra y gorda Araña dejó a Polita clavada en el suelo.

—Yo te
tal de que
patuda.

—No —

Y se al
temblar la

Temblo
le dieron m
antes de se
vez no grit
do; había a
sus pétalos
delicioso q

—Parec
antenas.

Sintió n
habrían ay

Avanzó
desconfian

llenó su pa

—Esto
un pliegue
después de
cerró, al ir

Antes c

—Vamo
para pagar

Polita,

—Pero
abusan má

—Yo tengo tantas patas, que no me importa perder una, con tal de que vengas a columpiarte en mi tela— añadió la muy patuda.

—No —lloriqueó Polita— prefiero buscar por otro lado...

Y se alejó, perseguida por la risa de la Araña, que hacía temblar la red y las hierbas a su alrededor.

Temblorosa por el susto, Polita se encaminó hacia otra flor; le dieron mareos de hambre porque tuvo que caminar bastante antes de sentir el aroma prometedor de un buen almuerzo. Esta vez no gritó, ni se apresuró, sino que estuvo tanteando, oyendo; había aprendido a desconfiar. Una gran cúpula dorada abría sus pétalos con inocencia y su centro estaba lleno de un polen delicioso que se derramaba por la corola generosamente.

—Parece que no hay nadie— murmuró Polita estirando sus antenas.

Sintió no tener a su lado a sus amigas Lali y Mayi, porque le habrían ayudado a descubrir cualquier peligro.

Avanzó poco a poco y nada se movió en la flor. Seguir desconfiando era tontería y se lanzó derecho al dulce, donde llenó su panza hasta quedar redonda como una botellita negra.

—Esto es lo que me hacía falta— suspiró, dejándose caer en un pliegue de los dorados pétalos. Su sueño fue profundo, después de tantas aventuras. No se dio cuenta cuando la flor se cerró, al irse el sol, juntando estrechamente su corola.

Antes del amanecer, alguien la despertó de dos tirones.

—Vamos, floja, levántate. Tienes que empezar a trabajar para pagarme todo lo que comiste ayer.

Polita, medio dormida, protestó:

—Pero... todavía no amanece. En este hormiguero cada día abusan más.

—¿Dónde crees que estás, tonta?

Polita abrió los ojos y recordó el palacio dorado. Delante de ella, en lugar de su tía Hormiguita, había una redonda señora, de traje color naranja con pintas negras en el lomo.

—Sí, soy la señora Chinita, dueña de este hermoso “dedal de oro”. Vivo muy retirada, al fondo de la flor. Ahora, eres mi prisionera, por haber asaltado mi casa.

La pequeña hormiga se echó a temblar. Ser prisionera era una de las cosas más terribles que podían ocurrir en el bosque.

La Chinita continuó:

—Me hacía falta una esclava. Vamos, ahora me vas a cocinar, limpiar, sacudir y lavar todas mis ropas. De inmediato, si no quieres que te retuerza una antena.

Polita tuvo que obedecer. Cuando el “dedal de oro” se abrió con el sol, pensó que sería fácil huir de su enemiga; pero se equivocaba: la Chinita no la perdió de vista, vigilando su trabajo. En la noche, al cerrarse la flor, la Chinita dormía tranquila sabiendo que su esclava no podía escapar.

Pasaron así los días. Polita sufría con la tiranía de su dueña, que luego de hacerla trabajar, sólo le daba una semilla rancia como alimento. Comprendió demasiado tarde lo agradable de su vida en el hormiguero y que su ayuda en el hogar común era liviana. Echó de menos a sus hermanas y sólo de recordar a su tía Hormiguita Cantora se ponía a llorar, a escondidas de la Chinita.

Una noche en que estaba más desesperada que nunca, se durmió llorando, porque pensó que jamás lograría salir del palacio dorado, ni escapar de la vigilancia de la cruel Chinita.

Y soñó con las galerías del hormiguero y con la Mayordoma que la hacía contar semillas.

Al amar
sintió lanz
ramas, has
comprende
hojarse vio
allá, volaba
sitio, colga
terrible señ
presencia d
escombros

Antes d
tratando de
que las flor
trajo ni la

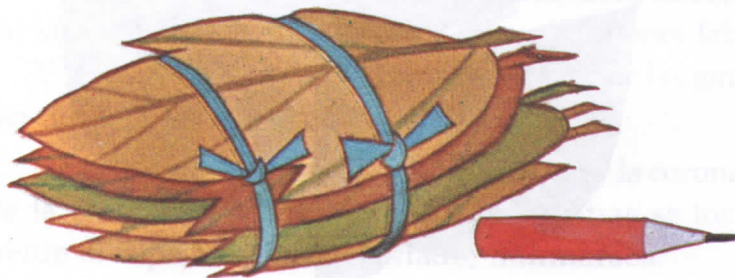
Cerca d
que empuj
do de miel
pero Polita



Al amanecer, nuestra amiga tuvo un brusco despertar: se sintió lanzada al aire y luego cayó, rebotando entre hojas y ramas, hasta el suelo. Atontada, miró hacia arriba y recién comprendió lo sucedido. El "dedal de oro" acababa de deshojarse violentamente, junto con el primer rayo de sol; aquí y allá, volaban los pétalos amarillos y uno sólo permanecía en su sitio, colgando de manera lastimosa. Sobre él se equilibraba la terrible señora Chinita, que a pesar del derrumbe conservaba su presencia de ánimo y parecía buscar a su negra esclava entre los escombros dorados.

Antes de que la viera, Polita huyó con rapidez asombrosa, tratando de encontrar el conocido sendero hacia su casa. Aunque las flores derramaban su atrayente perfume, nada la distrajo ni la apartó de la dirección que llevaba.

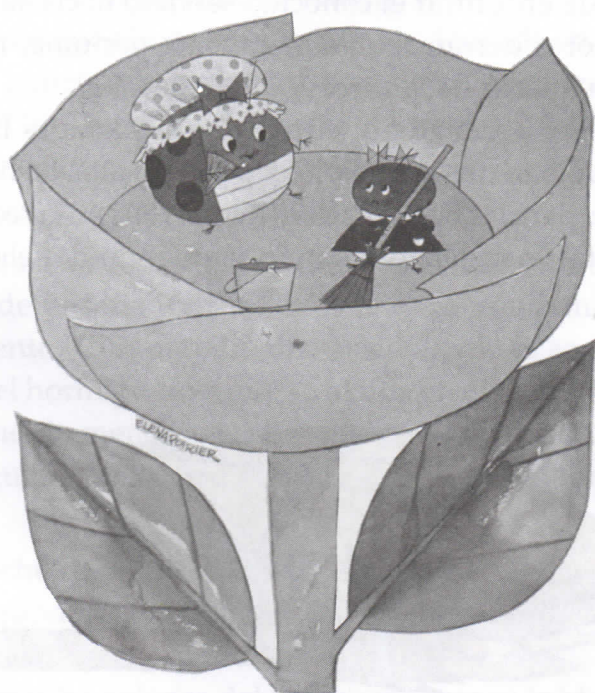
Cerca del hormiguero, encontró a sus amigas Lali y Mayi, que empujaban un carretón hecho con trocitos de hojas, cargado de miel para las bodegas de la Reina. Casi no la reconocieron, pero Polita se abalanzó llorando y gritando de felicidad:



—¡He vuelto, he vuelto del bosque! Una Chinita me tuvo prisionera, pero la luz del sol me libró del palacio dorado.

Y contó a sus asombradas y alegres amigas todo lo que le había pasado desde que escapara de su casa.

Viendo lo flaca y cansada que venía, Lali y Mayi la subieron al carretón. Cantando y riendo la condujeron al hormiguero, cuyas puertas parecieron a Polita la entrada a la felicidad.



Polita
orgu
noche son
ría. Desd
vivía la
camarera
que las ho
se deslizó
del horm

Una s
a rosas flo
Y contem
plumones
que más

—¡Qu
un año en
Y Poli
descubrir

De pro
de la real
frente al e

—Mej
llega el tu
El mar

Polita quiere ser Reina

Polita salió a vacaciones con muy buenas notas. Su tía estaba orgullosa, pero la pequeña hormiga mucho más; y una noche soñó que la elegían Reina del hormiguero por su sabiduría. Desde entonces, le bajó la preocupación de conocer cómo vivía la Reina en su dormitorio real, cómo la atendían sus camareras y hasta qué manjares comía. Un día, aprovechando que las hormigas, junto a la Reina, habían salido a tomar el sol, se deslizó por los pasillos hacia la parte más secreta y defendida del hormiguero: las habitaciones reales.

Una suave luz azul salía por la abertura de la puerta y un olor a rosas flotaba en el aire. De dos livianos brincos entró a la pieza. Y contempló a su gusto la cama de oro con techito de gasa, los plumones y las alfombras tejidas por famosas arañas; pero lo que más admiró fue la finura de las sábanas.

—¡Qué suavidad! El Gusano De Seda debe haber trabajado un año entero sacando hilachas de su boca para fabricarlas.

Y Polita se acostó en la cama, para probar las almohadas y descubrir los dulces sueños de la Reina.

De pronto, sobre un sillón, vio el manto y la corona, símbolo de la realeza y decidió ponérselos. Mientras se los probaba, frente al espejo de cristal cortado, murmuraba:

—Mejor es estar prevenida... Nunca se sabe cuándo a uno le llega el turno de ser Reina...

El manto le quedaba bastante largo y la coronita se le metió

hasta los ojos. Mientras se miraba, entró repentinamente la Camarera Real, pensando que su señora había vuelto del paseo. ¡El susto que se llevó Polita! Pero la Camarera, que por respeto mantenía siempre la vista baja, le hizo una venia y no se dio cuenta del cambio.

—¿Le ha sentado bien el aire a Su Alteza?— preguntó con voz fina.

—Me siento como reina— contestó Polita.

—Me alegro, señora. Tenéis otra voz y otra cara. ¿Deseáis algo?

Polita encontró que la Camarera hablaba de un modo raro; decidió imitarla y contestó sin vacilar:

—“Queréis” una torta de chocolate.

—¡Oh! ¿Qué decís, señora?

—“¡Queréis” una torta de chocolate! La Cocinera Mayor la tiene lista, yo la vi en la cocina.

—¿Vos, Señora, fuisteis a la cocina?— exclamó la Camarera escandalizada.

—¿Acaso una reina no puede ir a su propia cocina?—

—Por cierto, por cierto que sí. Traeré la torta enseguida— contestó la Camarera poniendo los ojos redondos.

—Tengo mucha hambre con el paseo— gritó la falsa reina, golpeando un pie.

La Camarera salió muy asustada de los antojos de su señora, pero nada criticó porque una dama de la corte debe ser discreta.

En cuanto tuvo la torta delante, Polita se la comió a dos manos; luego de hacerse lavar las patitas con agua de rosas en la jofaina de oro, dijo que quería salir a ver de qué manera se trabajaba en el hormiguero. Sin poder impedirlo, la Camarera Mayor vio cómo se alejaba la Reina por las galerías en dirección a la puerta.



COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COELEMU



ELENA POIRIER

Una vez afuera, Polita decidió desquitarse de todos los castigos y mandatos de la Mayordoma, aunque siempre habían sido justos. Engruesando la voz y empinándose todo lo que podía, gritó:

—Mayordoma ¡he venido a ver si todo anda bien aquí afuera!

—¡Señora! ¿Vos aquí? Puede ser peligroso— exclamó la Mayordoma mirando a su alrededor.

—Peligroso será si no me obedeces— amenazó la Reina con sus patitas.

—Yo siempre obedezco, Señora.

—Muy bien. Tráeme, entonces, unas hormigas chicas para jugar. Estoy aburrida de estar encerrada, con cara de Reina todo el día.

La Mayordoma abrió unos espantados ojos pensando que la Reina estaba muy rara. Así y todo murmuró con respeto:

—Pero Señora, usted no está en edad...

—¿Cómo se te ocurre hablar de mi edad? ¡Es una imprudencia! Pueden creer que estoy muy vieja para reinar.

La pobre Mayordoma pidió toda clase de disculpas, haciendo reverencias.

—¡Que traigan tortas para mí y para las hormigas chicas!— ordenó la falsa Reina, golpeando sus pequeñas manos.

Varias hormigas corrieron a cumplir los deseos de Su Majestad y no tardaron en regresar con grandes tortas que repartieron entre las pequeñas. Tan felices se pusieron, que rodearon a la Reina gritando y saltando, y ella, de una manera muy poco digna, se puso a hacerles cosquillas.

La Mayordoma pensó que el mundo estaba al revés. Pero en ese mismo instante sus espantosas dudas quedaron aclaradas,

porque s
que algu
Mayordo
huyó al b
reconocer

Sin em
sus ancha
agradecid

—¡Qu
rojo como
me acercq

Polita
tenía amb
miga, la d
sumo gus
lo una ve

Libre
hormigue
revolucion
sobrina, l

—L

yo

tu

no

—¿No

—Y

la c

a la

van

—A lo

porque salió la Hormiguita Cantora del hormiguero gritando que alguien le había robado el manto y la corona a la Reina. La Mayordoma dio un salto, pero Polita, más ligera que el aire, huyó al bosque, riéndose de medio mundo. Ni su tía alcanzó a reconocerla.

Sin embargo, el manto le pesaba mucho y le impedía correr a sus anchas, así, cuando una Ortiga se lo robó, al pasar, le quedó agradecida.

—¡Qué bello manto!— gruñó la Ortiga. —Luciré un pétalo rojo como mi vecina, la Rosa, y podré pinchar mejor al que se me acerque.

Polita siguió huyendo. Más allá se topó con una Rana que tenía ambiciones. Al ver la corona que llevaba la pequeña hormiga, la deseó con todo su verde corazón. Polita se la regaló con sumo gusto, porque el peso de una corona sólo puede soportarlo una verdadera reina.

Libre de las cosas que podían acusarla, Polita regresó al hormiguero con una cara demasiado inocente. Encontró todo revolucionado y a su tía muy afligida. Al ver la cara de su sobrina, la Hormiguita Cantora tuvo un sobresalto:

—*Polita, Polita,
yo no sé por qué
tu cara inocente
no me cae bien.*

—¿No te cae bien, tía?— preguntó ella algo asustada.

—*Y si no encontramos
la corona real,
a la buena Reina
van a destronar.*

—A lo mejor, yo sé quién tiene el manto y la corona... dijo

Polita, tratando de sonreír.

—¿Y cómo lo sabes,
Polita mañosa?
Tu tía Hormiguita
está sospechosa
y es mejor que digas
cómo fue la cosa.

—¡Ay, tía, no te enojés! Una Ortiga tiene el manto y una Rana la corona.

Sin perder tiempo, la Hormiguita Cantora con un pelotón de hormigas-soldados, partió a recuperar las enseñas reales. Aunque costó desprender el manto de la espinuda Ortiga, pudieron quitárselo al fin. Más difícil fue convencer a la Rana ambiciosa que entregara la corona; pero en uno de los saltos que dio para huir, se le cayó y así pudieron regresar triunfantes al hormiguero.

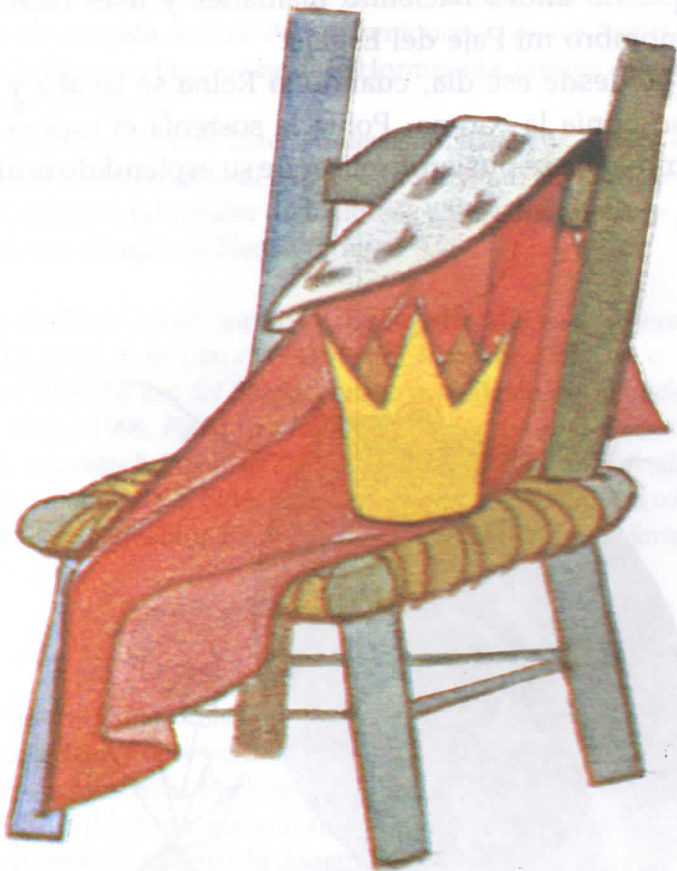
Entretanto, Polita había confesado:

—Tía, no fue adrede— explicó. —La Camarera me confundió con la Reina y yo jugué con la corona y el manto y comí tortas y pude hacer bromas.

A lo que su tía, bastante enojada, contestó:

—Es mucha casualidad
ponerse manto y corona
y hacerse pasar por Reina
y luego decir que es broma.
Yo soy tu tía Hormiguita
y he de darte un castigo:
Por una larga semana,
no vas a salir conmigo.





ALICIA MOREL

Nació en Santiago, el 26 de julio de 1921, en la casa de tres patios de sus abuelos paternos. En 1940, a los 19 años, su padre le publicó su primer libro, una novela para niños, *Juanilla, Juanillo y la abuela*.

Le siguieron los cuentos de la *Hormigueta Cantora y el Duende Melodía*, (1957) que inicialmente, en 1954, habían sido libretos radioteatralizados para *Radio Chilena*, gracias a la acogida de Raúl Aicardi, entonces Director Artístico de esa radio. Fue él quien le impuso el personaje de la Hormigueta, porque conocía a la cantante adecuada, Meche Videla.

En 1973, por iniciativa de Ester Huneeus, *Marcela Paz*, varios escritores de la IBBY, (Organización Internacional para el Libro Juvenil) llevaron sus obras a la Editorial Lord Cochrane, (alrededor de 10 libros); entre ellos estaba *La pícaro Polita*, de Alicia Morel, con dibujos de Elena Poirier.

Otros libros de Alicia Morel son: 1978, *El Increíble Mundo de Llanca*; 1983, *Cuentos Araucanos, La gente de la Tierra*; 1983, *Perico trepa por Chile*, en colaboración con Marcela Paz; 1996, *La Era del Sueño*, ensayo antológico del mundo de las hadas. Entre 1991, 1992 y 1996, *Polita va a la Escuela, Polita Aprende el Mundo y Polita en el Bosque*. 1996, *Leyendas bajo la Cruz del Sur*; 1992, *Aventuras del Duende Melodía*; 2001, *La Conquista del Rocío*; 2002, *El Viaje de los Invisibles*; 2004, *La Biblia contada para ti*, en colaboración con Jacqueline Balcells; 2006, *Los Apuros de una Mariposa*.

ELENA POIRIER

Nació en el sur de Chile, en la ciudad de Gorbea, el 22 de septiembre de 1921. Su padre, Auguste Jean Poirier, era francés y su madre, Berta Fica, chilena. Empezó a dibujar siendo muy niña. Por una casualidad milagrosa, Mario Silva Ossa, *Coré*, tuvo acceso a sus dibujos y quiso conocer a la pequeña artista que entonces tenía doce años. Al cumplir catorce, la llamaron de la Editorial Zig-Zag para que colaborara en la inolvidable revista *El Peneca*, entonces dirigida por Roxane. Le pagaban con "vales", pues por ley no podían contratarla hasta los 18 años.

Coré la guió en sus primeros pasos y gracias a los "vales" hizo estudios en el Bellas Artes. Colaboró en todas las revistas de ese tiempo: *Simbad, El Cabrito, Margarita, Eva*, etc. Ilustró libros de las series amarilla y azul de Zig-Zag y más tarde, los cuentos de *Polita*, de Alicia Morel.

En 1957 viajó a España gracias a una pequeña bolsa de estudios. Después se trasladó a Italia, donde estudió en la *Università per Stranieri* de Perugia. En Roma, trabajó en la revista infantil *MIAO*. Viajó por Europa y por el norte de África con el "dinero de los duendes".

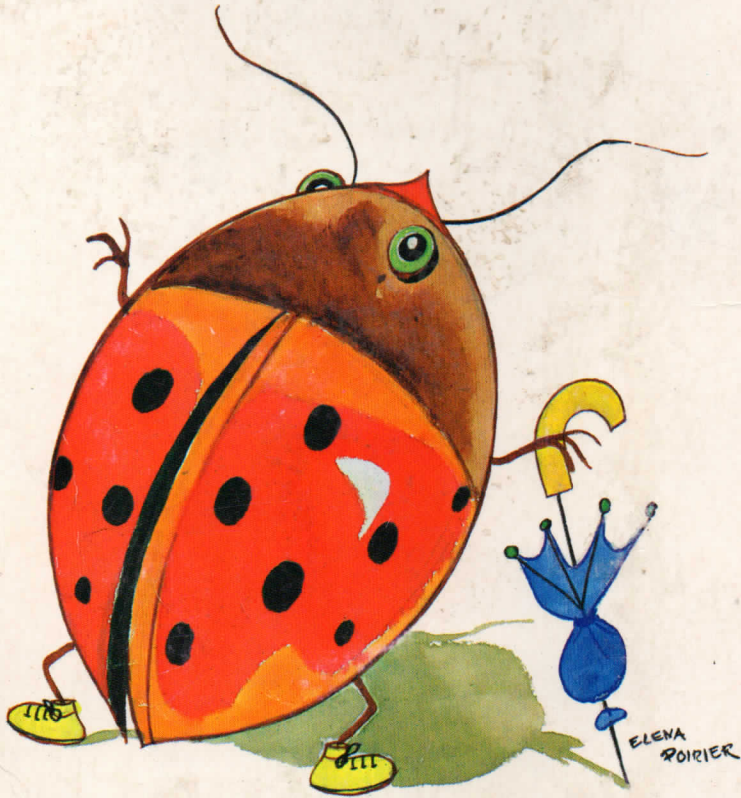
Murió en Roma, en noviembre de 1998, dejándonos el humor y la alegría de sus hermosos dibujos.

MINEDUC



RA071559

POLITA VA A
A LA ESCUELA



EDITORIAL UNIVERSITARIA